

MUSEO NACIONAL DE MÉXICO.

Suponen los arqueólogos que las garras inscritas en las dos herraduras representan al Sol de la noche, que recorre el hemisferio nocturno antípoda del camino del astro en el día.

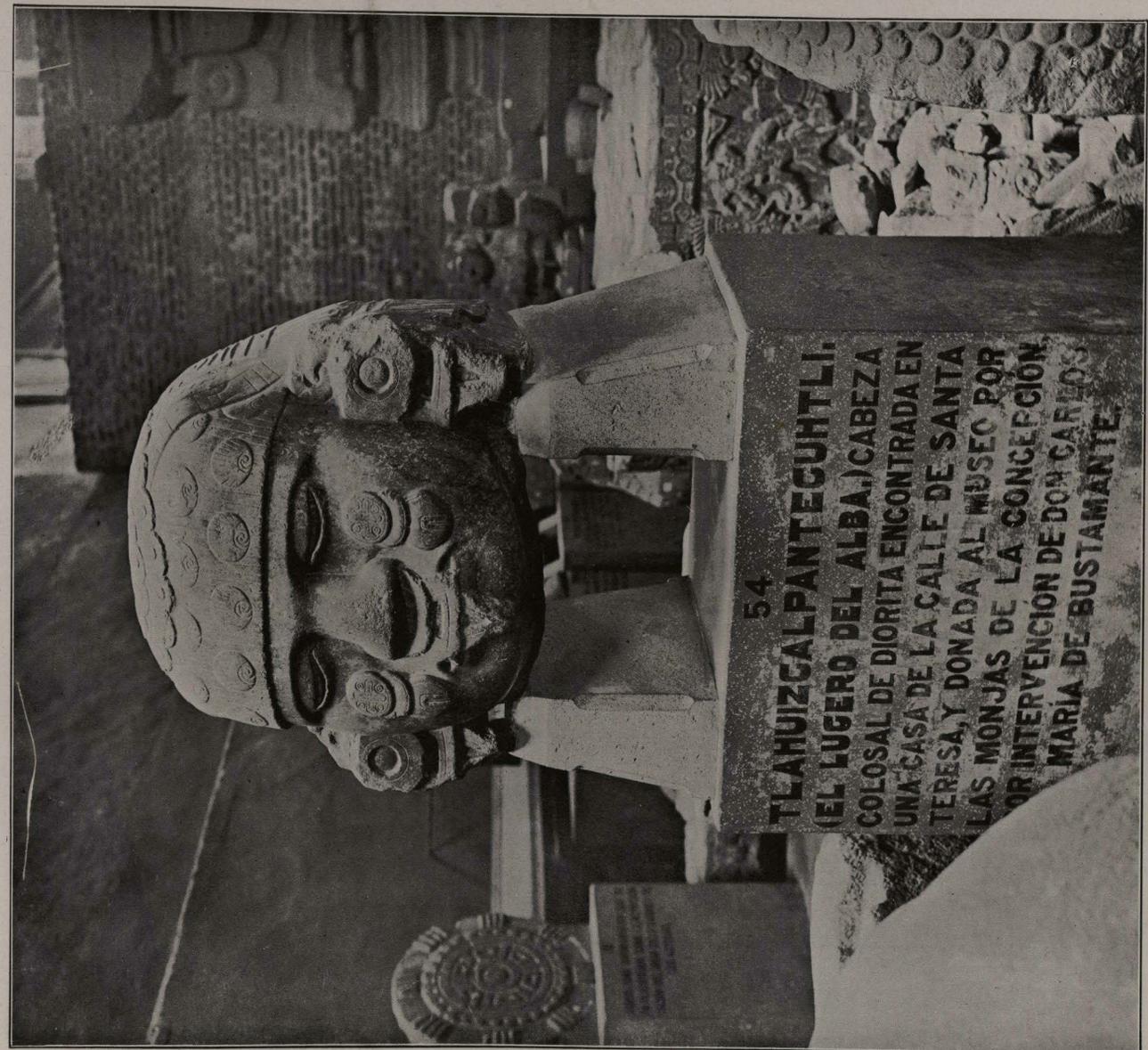
Varias fajas circulares rodean las figuras centrales, todas llenas de signos de muy difícil interpretación. Sin embargo, se ha podido comprender que la primera, que está dividida en veinte porciones, representa al mes azteca; los signos grabados en cada porción son los nombres de los días. Después de este círculo se nota otro concéntrico, en el que unos ángulos combinados simétricamente indican las 16 horas en que los aztecas dividían el día. Sigue a continuación una faja donde están inscritos cuarenta cuadretes visibles y doce que se suponen ocultos, sumando cincuenta y dos, que es el número de años de que componían un ciclo solar. Después viene otra zona con pequeñas aspas y puntos, y el todo está circundado por una orla con divisiones, en las que se ve el signo de la caña rodeado de puntos. Están com-

binados con las escamas de una culebra, cuya doble cabeza cierra artísticamente los dibujos en dirección de la flecha.

Al punto opuesto del círculo, hay un signo que indica el año de 1479, en que se supone fué labrado este monolito. Las caras que se notan en las bocas de las culebras, representan á la estrella vespertina y al sol occiduo. La parte exterior del cilindro está esculpida delicadamente; los signos inscritos se supone son de ornato ó que representan el espacio y las estrellas que lo pueblan.

Puede verse, por la descripción sucinta que antecede, que este calendario es un verdadero resumen del sistema astronómico de los aztecas, y á la vez una representación exacta de su año solar y cómputo del tiempo. Si se considera que en su representación unieron el arte más exquisito á tan grande manifestación de ciencia, puede concebirse la importancia del maravilloso monolito, que causó la admiración de Humboldt.

(Continúa).



MUSEO NACIONAL DE MÉXICO.

Es conveniente explicar de qué manera señalaban los sacerdotes en esta piedra las horas del día y ciertos períodos del año. Suponese que estaban colocados en tal disposición, según se cree, que la sombra de los hilillos que los unían pasaba en dos líneas paralelas por encima y por debajo del rostro del sol, y otras dos rayas formaban la sombra de otros dos hilos cruzados que unían los extremos opuestos de los gnomones. Los triángulos que se ven en los hilos que se cruzaban, unían sus vértices en el punto de cruce, formando un triángulo que se supone era un gnomón, en el solsticio de invierno. Claro es que el lugar adonde se unían los triángulos de sombra ó mediodía, en las diferentes épocas del año, dependía de la altura de los gnomones. Hay autor que suponiga que la sombra se movía en el espacio entre el cabo y la punta de la flecha.

Aludiendo al punto de cruce de los hilos, se cree que se marcaban los meses, es un jeroglífico tan bello como finamente esculpido. No se compren-

de, si los aztecas no conocían, como parece que sucedía, el acero, porque no lo sabían fabricar, como brufían, cincelaban y esculpían estas durísimas piedras. Los hilillos de diorita y otros duros materiales de que están hechos son más notables por su belleza, que por su utilidad.

De la belleza, de la simetría de estas figuras, no se puede decir más sino que son modelo de arte decorativo, tan prestigiado en el mundo entero, que las figuras de este Calendario azteca, por ejemplo, han servido de modelo para innumerables aplicaciones de decoración entre los extranjeros. Sin duda, muchas *ladies* y damas elegantes del otro lado de los mares, han tenido con frecuencia entre sus manos objetos con el calendario azteca grabado de alguna manera, y es probable que la mayoría no se haya imaginado que sin más de ciencia y que prodigio de arte entretenían un juego tan bello como finamente esculpido, que arrancaban el corazón de sus enemigos.....

(Continúa).



MUSEO NACIONAL DE MÉXICO.

Existe curiosa lápida cronográfica en el Museo Nacional. Fue descifrada por el eminente sabio D. José Fernando Ramírez. La cara se halla dividida en dos partes. En la inferior está esculpido el año del suceso conmemorado, y en la superior venen dos figuras de reyes que celebran un sacrificio. Por los jeroglíficos que las acompañan, se supone que son los monarcas Ahuitzotl y Tizoc, el primero de los cuales empezó la construcción del Teocalli, y el segundo la terminó.

La serpiente y el tigre (ocelotl) aparecen constantemente en la arqueología indígena, formando parte muy importante de la teogonía, presentándose en toda clase de figuras, desde el ídolo hasta el simple dije ó adorno, ó en el motivo decorativo de casas y templos. Esto revela la abundancia de esos animales en el suelo del Anáhuac y lo temidos que eran de los naturales. El Museo posee una cabeza de serpiente, que se halló en el atrio de la actual Catedral. Ostenta penacho y largos dientes: sobre el penacho hay una serie de estrellas repre-

sentadas por el globo del ojo. Cabezas de tigre son relativamente numerosas las que restan. El Museo posee varios ejemplares, y los hay en S. Juan Teotihuacán. Son de gran tamaño, hasta de 0.60 y 0.90 centímetros de altura. Se destacan los enormes colmillos. Parece que muchos de estos ejemplares estaban al pie de las escalinatas de los templos, á guisa de adornos.

Los adornos que se observan en las figuras esculpidas de la estatuaría azteca, son de gran diversidad: los reyes ó las deidades ostentan gargantillas, ajorcas, orejeras, penachos, diademas, jarreteras, plumas, mastate, pulseras. Los guerreros lucen hermosas rodela, flechas y carcaj. Estos objetos esculpidos muestran el adelanto de los indígenas en la joyería y platería, trabajo en metales. Hay vasijas primorosas en el llamado Salón Chico, que manifiesta un gran adelanto en la alfarería. Los vasos están pintados con colores que se conservan frescos; lucen artísticos dibujos. Quedan algunos trabajos de pluma y labores de algodón pintadas de diversos colores, que son preciosidades.

(Continúa)



MUSEO NACIONAL DE MÉXICO. Coatlicue.

A los ojos del artista ó del sabio, entre la multitud de monolitos admirables que se conservan en los salones del Museo Nacional, vestigios arqueológicos de una magna civilización desaparecida, preciosos ejemplares de la escultura azteca, que en los tiempos feroces de las costumbres que aquellos pueblos aguiaron, no existe un objeto, en todo aquel vasto recinto, que impresione más profundamente que la espantable figura de la horrenda Diosa Coatlicue, la formidabile deidad de la teogonía náhuatl, cuyo nombre, en el sentir del señor D. Alfredo Chavira, es el más terrible de los nombres de las diosas aztecas. Antonio León y Gama, *la diosa de los muertos*. Cualquiera de las dos asiciones le puede convenir á la figura de aspecto más espantable que han ideado tal vez los artífices de un pueblo fanático. Mide este monolito 2 metros 57 centímetros de altura, y así el frente como la cara posterior, si asombran por su arte y el soberbio trabajo del artífice en la dura traquita.

aterran por su aspecto. El conjunto es el de una mujer, la cabeza formada por la reunión de dos culebras, de tal modo, que los ojos de la figura son los de la serpiente, y muestra este rostro dientes y bifida lengua. Los brazos de la diosa están hechos de cuerpos de culebras, cuyas cabezas forman las manos. El ceñidor de esta mujer horrible también es de serpientes, y en él aparece, así en el frente como en la espalda del monolito, un descarnado cráneo humano. La falda está toda hecha de culebras entrelazadas, de donde se origina la figura en su pedestal. Supónese que tan horrible monstruo estuvo colocado en el altar mayor del gran *teocalli* de México. Algunos arqueólogos opinan que era la madre del dios de la guerra, la que recogía las almas de los guerreros muertos en batalla. Fue encontrada en la Plaza Mayor, inmediatamente á lo que fue el antiguo templo.

(Continúa)